

CAPITULO XIII.

Es fácil vencer á los hombres entregados á los deleites: la mayor gloria de la vejez es no echarlos de menos; pero no carece de ellos absolutamente.

Muchas veces oí decir á mis mayores, que decían haberlo aprendido cuando muchachos de otros viejos, que se admiraba Cayo Fabricio de haber oído, estando de embajador á Pirro, á Cineas Tesalo, que había en Atenas un hombre que hacía profesión de sabio, y que decía que todas nuestras obras se habían de referir á los deleites; lo cual como oyesen M. Curio y T. Coruncano, deseaban que esta máxima se persuadiese á Pirro y á los Samnitas, para poderlos vencer con más facilidad en habiéndose entregado á los deleites. Había vivido M. Curio con P. Decio, aquel que se sacrificó por la patria en su cuarto consulado, cinco años antes que hicieran cónsul á Curio. También le conocían Fabricio y Coruncano, los cuales así por su propia manera de vida como por este hecho que digo de P. Decio, juzgaban que precisamente había alguna cosa por su naturaleza ilustre y honrosa que fuese por sí misma deseada, y la que siguiesen todos los hombres buenos, echando á un lado y despreciando los deleites.

Mas ¿con qué fin hablo yo tanto de los deleites? Porque no solamente no es falta, sino grande alabanza de la vejez, que por ningunos deleites está muy solícita. No goza de las comidas y mesas ostentosas ni bebidas frecuentes: cierto; pero por eso está libre

de la embriaguez, de indigestiones y de malas noches. Mas si se ha de conceder alguna licencia al deleite, porque apenas podemos resistir á su atractivo (y el divino Platón le llamaba *el cebo de todos los vicios*, porque caen en él los hombres como los peces en el anzuelo), aunque la vejez no participe de estas comilonas, se puede recrear muy bien con los convites moderados. Muchas veces me acuerdo haber visto, cuando era joven, á C. Duilio, hijo de Marco, que fué el primero que venció por mar á los Cartagineses, que para volver de la cena gustaba de las luces y músicas que le acompañaban; lo que ejecutaba sin ejempló de otros siendo un particular: tanta licencia le daba su gloria. Pero ¿para qué alego ejemplares extraños? vuélvome á mí mismo. En primer lugar, yo he tenido siempre compañeros para conversar; y estas cofradías se establecieron siendo yo cuestor (1), cuando se recibieron los sacrificios del monte Ida á nuestra madre Cibeles. Comía con mis compañeros siempre con moderación, pero con cierto herbor de la edad; la cual conforme va creciendo, va suavizándolo todo y apagándolo cada día más. Y no medía yo más aquel deleite por la diversión del cuerpo que por la compañía y conversación de los amigos. Porque con razón llamaron nuestros antepasados convite á este juntarse los amigos á comer, porque trae consigo cierta unión y sociedad de la vida; mejor que los Griegos que le llaman concenación y computación: que parece que aprecian más lo más infimo y groscero que hay en el convite.

(1) Llevado á Roma el simulacro de la gran madre Cibeles en el consulado de Tuditano y Cetego, y siendo cuestor M. Catón, se estableció un colegio cofradía, cuyos individuos comían juntos en los días señalados para celebrar los sacrificios á esta Diosa.

CAPÍTULO XIV.

No es molestia carecer de aquello que no se apetece.—
Cuánta ventaja sea no desear los deleites.—Es feliz la
vejez dada á ocupaciones honestas.

Así que á mí me gustan los convites á sus horas por el deleite de la conversación, y no solamente con los de mi tiempo, de los cuales ya han quedado muy pocos, sino también con los de vuestra edad y con vosotros mismos; y estoy sumamente agradecido á la vejez, que me ha aumentado el deseo de conversar, y me ha quitado el de comer y beber. Mas si esto deleita á alguno (porque no parezca que absolutamente declaro guerra á los deleites, en los cuales quizá puede haber alguna moderación natural) no entiendo que la vejez deje de participar de ellos. A mí me deleitan aquellos ministerios instituídos por nuestros antepasados, y la conversación que según su costumbre mantiene el que gobierna la copa (1); y los vasos, como en el convite de Xenofonte, cortados cuanto humedece el paladar, y el refresco en el verano, y el sol ó la lumbre en el invierno. Las cuales cosas practico en mi granja Sabina, y convido todos los días á mis vecinos, alargando el convite hasta muy tarde de la noche según podemos con varias conversaciones.

(1) Éra costumbre entre los antiguos nombrar por suerte uno que presidiese y gobernase el convite, á quien llamaban *Magister*, *Dux*, *Rex*, *Modimperator*, *Arbitrum*, *Dictator*, *Strategum*, como se observa en los autores latinos.

Pero no son tan vivos en los viejos los apetitos de los deleites. Lo creo; ni tampoco los echan de menos; y no sirve de pena lo que no se desea. Preguntado Sófocles, cuando estaba ya muy viejo, si usaba los deleites de Venus, respondió prudentemente: «Mejor lo hagan los Dioses conmigo, que estoy muy gustoso con haber escapado de ellos como de un señor agreste y furioso.» A los que desean esto les es por ventura molesto y penoso carecer de ello; pero á los que ya están hartos y satisfechos les es más gustoso carecer de ello que gozarlo, aunque no está privado aquel que no lo desea; y así yo creo que el no desearlo es más delicia que el gozar de ello. Mas si la menor edad goza de estos deleites con más gusto, en primer lugar goza de cosas bien tenues, como he dicho; y además de cosas que si la vejez no goza en abundancia, no carece tampoco absolutamente. Así como goza más de Turpión Ambivio el que está oyéndolo en los primeros asientos, pero también está divertido el que le escucha en los últimos; á este modo la juventud, mirando más de cerca los deleites, acaso se deleita más; pero no le falta también á la vejez lo que basta para deleitarse mirándolos desde más lejos.

Pero en recompensa de esto, ¿cuánto mejores son y de más estima aquellos deleites de gozar de un ánimo apartado, exento, y como jubilado ya de las liviandades, de la ambición, de las enemistades, y de todos los otros vicios y pasiones, libre ya de todos ellos, y que, como dicen, sea todo suyo, y viva consigo? A lo cual si acompaña algún recreo, como pasto de las letras y doctrina, ¿qué cosa más gustosa que una vejez descansada y ociosa en su retiro? Veíamos, oh Escipión, perseverar hasta la muerte en el estudio de medir el cielo y la tierra á aquel amigo de tu padre C. Galo. ¡Cuántas veces le cogió la luz del día

habiendo comenzado á escribir alguna cosa por la noche! ¡cuántas le halló la noche continuando lo que había comenzado por el día! ¡con qué gusto nos avisaba él mucho antes que sucediesen los eclipses del sol y de la luna!

¿Y qué diré de otros estudios no tan altos, pero también de habilidad y agudeza? ¡Cuánto se recreaba Nevio en su Guerra púnica! ¡Cuánto Plauto en sus comedias intituladas *El Feroz* y *El Embustero*! También me acuerdo del viejo Livio, que habiéndonos enseñando la comedia (1) siete años antes que yo naciese, siendo cónsules Catón y Tuditano, vivió hasta mi mocedad. ¿Qué diré de P. Licinio Craso en sus estudios del derecho augural, civil y pontificio? ¿O de este Publio Escipión que han hecho pontífice máximo estos días? A todos estos que he nombrado vimos embebidos en el estudio, aun cuando viejos. ¿Y con cuánta intensión veíamos ejercitarse en la elocuencia á M. Cetego, á quien Ennio llamó muy bien médula de la persuasión? ¿Pues qué deleites de juegos, de convites ni de mujeres son comparables con éstos? Y estos son á la verdad estudios de ciencias que crecen en los prudentes y bien educados al paso de la edad; de modo que es muy decorosa aquella expresión del verso de Solón (de que hablé arriba), que se hacía viejo aprendiendo muchas cosas todos los días: ¿qué mayor deleite puede haber que esta recreación del ánimo?

(1) Fué Livio Andrónico el primero que sacó en Roma la comedia al teatro el año 510 de la fundación de Roma, y un año antes del nacimiento de Ennio, que fué más antiguo que Plauto y Nevio. Véase á Cicer. al principio del lib. primero de las *Comed. Tuscul.*

CAPÍTULO XV.

Cuánto placer puede dar á los viejos la agricultura.

Paso ahora á los deleites de los labradores, en que yo tengo suma complacencia, para los que no impide la vejez, y á mí me parece que se acercan mucho á la vida de un sabio; porque tienen su comercio con la tierra, que jamás rehusa su cultivo, y nunca vuelve sin usura lo que la entregamos, sino á veces con menor, pero por lo común con mucha más ganancia. Aunque á mí no sólo me deleita el fruto, sino la misma virtud y naturaleza de la tierra; la cual después de recibida en su seno mullido y bien arado la simiente esparcida, primero la calienta cubriéndola, de donde se llamó *ocación* esta operación; después caliente con su vapor y compresión la hiende, y saca de ella fuera una hierba verde, que estribando en las fibras de sus raíces crece insensiblemente; y levantada en su pezón añudado se encierra ya más crecida en las vainas; y arroja el fruto de la espiga cuando sale de ellas muy en su orden, y la fortalece con el cerco de las aristas para que no la coman los pájaros.

¿Pues qué diré del plantío, nacimiento y propagación de las vides? No puedo acabar de complacerme: de donde podéis conocer el recreo y delicias de mi vejez. Porque dejando aparte la naturaleza de todas las cosas que produce la tierra, que de un granito como el de un higo, ó de una uva, y de otras muy pequeñas simientes de otros frutos y plantas, cría tan grandes troncos y ramas, los sarmientos, las plantas,

los trasplantados y su propagación, ¿no deleitan á cualquiera sin poder menos de admirarse? La vid, que es caduca por su naturaleza, y si no se apoya se inclina á la tierra, para levantarse ella misma se enreda en cualquiera cosa adonde llega con sus pámpanos como si fueran manos propiamente; á la cual porque se extiende muchísimo poda el arte del labrador, para que brotando demasiado no se derrame por todas partes. Y así al entrar la primavera nace en aquellos ñudos, como artejos de los sarmientos, la que llamamos yema, de la que se manifiesta y nace luego la uva, que creciendo con la humedad de la tierra y el calor del sol, amarga al gusto primero, pero se endulza en madurando, y vestida de hojas, ni carece de un calor moderado, y está defendida del demasiado rigor del sol. ¿Y qué cosa hay ni más alegre por el fruto ni más hermosa á la vista? De la cual á mi no solamente me recrea el fruto, como antes dije, sino también su naturaleza y cultivo, las hileras de estacas, el enlace de los maderos á que se atan las puntas de las varas, su propagación, y el podar, como ya he dicho, unos sarmientos y dejar crecer otros.

¿Pues qué diré de los riegos del campo, de las cavas, y del cubrir las cepas, con que la tierra se hace mucho más fértil y abundante? ¿Y qué de la utilidad de abonar las tierras? Ya hablé de ella en aquel libro que escribí sobre la agricultura, de que el docto Hesiodo no habló palabra escribiendo del cultivo del campo. Pero Homero, que á mi parecer floreció muchísimos años antes que él, introduce á Laertes divirtiendo la tristeza que le causaba la falta de su hijo con el cultivo y abono de la tierra. Y no solamente alegran las cosas del campo por las mieses, prados, viñas y arboledas, sino también por los frutales y huertos, por la cría de los animales, los enjambres de abejas y la va-

riedad de todas las flores; ni sólo por los plantíos, sino también por los ingertos, que es lo más delicado y artificioso que ha inventado la agricultura.

CAPÍTULO XVI.

Los hombres grandes vivían antiguamente en los campos; en ninguna parte puede ser más dichosa la vejez.

Pudiera proseguir contando muchos divertimientos de que se goza en los campos; pero acaso en los que he dicho habré sido demasiado prolijo. Mas perdonad, porque soy muy dado al estudio de estas cosas, y la vejez es naturalmente más inclinada á hablar mucho, porque no parezca que quiero hacerla exenta de todos los defectos. Lo cierto es que en esta vida acabó sus días M. Curio, después de haber triunfado de los Samnitas, de los Sabinos y de Pirro, cuya granja, si me paro á contemplarla (que no está muy lejos de la mía), no puedo menos de admirarme, así de la moderación de aquel hombre, como de la disciplina de aquellos tiempos. Estando Curio sentado a la lumbre, llegaron los Samnitas con una gran cantidad de oro, y él los despidió diciendo que tenía él por glorioso mandar á los que tuviesen muchas riquezas, pero no el poseerlas. ¿Podría menos de hacerle gustosa la vejez un ánimo tan grande?

Mas vuelvo á mis labradores, por no salir de mí mismo. En aquellos tiempos vivían los senadores en el campo, y esto aun cuando viejos: porque estando arando L. Quincio Cincinato le trajeron la noticia de que había sido nombrado dictador; cuyo general

de la caballería Servilio Aala dió muerte á Esp. Melio, cortándole sus ideas de apoderarse del Imperio. Desde su granja eran llamados al Senado Curio y los demás viejos, de donde los que los llamaban tomaron nombre de *llamadores*. ¿Sería acaso miserable la vejez de éstos que tenían toda su recreación en el campo? Yo, en mi concepto, no hallo qué vida pueda ser más feliz; no sólo por el empleo, porque á todo el género humano es útil y provechoso el cultivo de los campos, sino también por la diversión y la abundancia de todas las cosas que pertenecen al trato de los hombres y al culto de Dioses: y pase esto para que, puesto que algunos desean estas cosas, hagamos ya las paces con el deleite. En la casa de un buen amo, aplicado y asistente á ella, están siempre llenas las cuevas del vino y el aceite, y la despensa; y abunda toda la casa con provisión de cerdos, corderos, cabritos, gallinas, leche, queso y miel. Además los labradores llaman á su huerto segunda carne de puerco (1). A todo lo cual dobla el gusto en los ratos perdidos la diversión de la caza mayor y de las aves. ¿Pues qué diré del verdor de los prados, los órdenes de árboles, las especies de viñas y las olivas? Para acabar en poco, nada puede haber ni más abundante para gozarlo, ni más hermoso para la vista que un campo bien cultivado. Y no solamente no impide la vejez para gozar de él, sino que llama y convida. ¿Pues en donde pueden los de esta edad, ni con más conveniencia, ó calentarse al sol ó á la lumbre, ó también refrescarse más saludablemente á la sombra ó con las aguas? Buen provecho les hagan á los mozos sus armas, caballos, lanzas, clavos y picas, los juegos de pelota, baños y carreras; dé-

(1) Porque así como en las casas se recurre muchas veces á la carne de puerco, así en las granjas á la fruta de las huertas.

jennos á nosotros entre todas las diversiones los dados y tablas, y esto cuando nos agradare, que puede muy bien ser dichosa sin ellos la vejez.

CAPÍTULO XVII.

En la agricultura han hallado sus delicias aun los hombres grandes.

Para muchas cosas son útiles los libros de Xenofonte, los que os ruego leáis con gran cuidado, como ya lo hacéis. Cuánto se dilata en alabanzas de la agricultura en el libro que escribió del cuidado de las casas que se intitula *Económico*. Mas para que entendáis que nada le parecía tan digno de un ánimo real como la aplicación al cultivo del campo, introduce á Sócrates en aquel libro diciendo á Critóbulo, que Cyro el Menor, rey de Persia, tan esclarecido por su sabiduría como por sus ilustres hechos, habiendo venido á visitarle á Sardis Lisandro Lacedemonio, y á presentarle un regalo de sus aliados, se mostró con él en todo muy afable y humano, y le enseñó una tierra cercada toda y sembrada con mucho arte y primorosa diligencia; y que maravillado Lisandro así de la altura de los árboles como de la igualdad de sus calles sus cinco órdenes, del mullido y limpieza de la tierra, de la suavidad y fragancia que esparcía la multitud y variedad de flores, dijo que se admiraba así del cuidado como de la habilidad de aquel que lo hubiese medido y delineado todo. A quien respondió Cyro: «Pues yo he sido quien lo ha medido todo; míos son los órdenes; mía la delineación, y aun muchos de es-

tos árboles están plantados por mi mano.» Entonces dice que poniendo Lisandro los ojos en su púrpura, y en el resplandor y adorno pérsico, cargado de mucho oro y pedrería, prosiguió: *Con razón por cierto te llaman dichoso, Cyro, pues tan bien se ha unido en tí la fortuna y el valor.*

De esta puede gozar la vejez: ni la edad es impedimento para que conservemos aplicación á muchas cosas; pero principalmente al cultivo del campo hasta el último espíritu de nuestra vida. De M. Valerio Corvino sabemos que vivió hasta cien años manteniéndose en el campo, y cultivándole aun cuando era ya de edad muy avanzada; entre cuyo primero y sexto consulado pasaron cuarenta y seis años; de forma que le duró tanto la carrera de sus honores, cuanto nuestros antepasados quisieron establecer para comenzar uno á ser viejo. Y fué el último tiempo de su vida tanto más feliz que el intermedio, cuanto más autoridad tenía entonces, y con menos trabajo. Porque es la autoridad el supremo grado y la corona de la vejez. ¿Cuánta tuvo L. Cecilio Metelo? ¿y cuánta Atilio Calatino? á quien se hace aquel elogio particular: *Muchas gentes convienen á una voz en que era el primer hombre de Roma.* Bien sabido es el epitafio que se esculpió en su sepulcro. Pero con razón era autorizado, pues que era general la aclamación de sus hechos. ¿Qué hombre en estos tiempos P. Craso, pontífice máximo! ¿Y después M. Lépidó, á quien vimos condecorado con la misma dignidad! ¿Pues qué diré de Paulo ó de Africano, ó, como ya hablé antes, de Quinto Máximo? cuya autoridad resplandecía no sólo en sus placeres, sino en sus mismos semblantes. Trae consigo la vejez, particularmente si es condecorada, tan grande autoridad, que ella sola es más apreciable que todos los deleites de la mocedad.

CAPÍTULO XVIII.

En qué fundamentos se ha de establecer la autoridad de la vejez: sus vicios; y qué excusa pueden tener.

mas tened entendido que cuando en mi discurso alabo á la vejez, hablo de aquella que está fundada en los principios de una buena juventud. Por donde sale verdadero lo que yo dije en una ocasión con grande aplauso de todos: que era miserable la vejez que necesitaba de apologías. No pueden las canas y las arrugas dar de repente autoridad: la vida pasada, si ha sido honesta, es la que logra los más copiosos frutos de ella. Porque dan honor aquellas demostraciones que parecen comunes y de poco momento, como son el ser saludados y buscados, el salirles á despedir, levantarse los otros cuando entran, el ser acompañados y consultados: lo cual entre nosotros, y en algunas ciudades bien civilizadas, se observa con mucha exactitud. A Lisandro Lacedemonio (de quien poco he hecho mención) dicen que se le oyó muchas veces que en su ciudad tenían los viejos un domicilio muy honrado; que en ninguna parte se honraba más á los de esta edad, ni era más estimada. Y también sabemos por tradición, que habiendo entrado un hombre de muchos años en unas fiestas que había en el teatro de Atenas, estando todo lleno de gente, no le hicieron lugar sus conciudadanos en parte alguna; mas llegando á los Lacedemonios, que estaban como embajadores en lugar señalado, se levantaron todos, é hicieron sentar entre ellos al anciano. A los cuales,

cómo aplaudiese á una voz todo el teatro, dijo entonces uno de ellos, que los Atenienses sabían bien lo que era justo, pero que no querían hacerlo.

Hay en nuestro colegio muchos estatutos excelentes, y especialmente el de decir los más viejos su parecer primero que los demás, prefiriéndose los agoreros más ancianos, no solamente á los que tienen más honor, sino también á los que gobiernan actualmente. ¿Qué deleites, pues, del cuerpo se pueden comparar con estos premios de la autoridad? A mí me parece que los que han sabido merecer y usar bien de estas atenciones, acabaron ya esta comedia de la vida, y no se han desgraciado en el último acto, como representantes poco ejercitados. Pero dirá alguno que los viejos son pesados, tímidos, iracundos, impertinentes, y si vamos á averiguar, también avarientos; mas estos vicios son de las costumbres, no de la vejez. La mala condición, y estos otros defectos que he dicho, tienen algo de excusa, no justa en realidad, pero que parece puede pasar. Piensan los viejos que los desprecian, que les tienen en poco, y que se burlan de ellos: además, cualquiera ofensa en un cuerpo caduco y delicado es de mucho sentimiento: mas todo esto se hace más dulce y tolerable con las buenas costumbres y ejercicios honestos. Lo cual se puede conocer, así en la vida como en la escena, por aquellos dos hermanos de los Adelfos (1): el uno de mucha aspereza, y el otro, al contrario, de suma apacibilidad. Y así van todas las cosas: las edades se pueden comparar con los vinos: que así como no todos se avinagran por añejos, así no toda edad se aceda por avanzada. Soy de sentir que haya seriedad en la

(1) Micion y Demea, cuyos caracteres opuestos pinta maravillosamente en su comedia Terencio.

vejez, y esta, como todo lo demás, moderada; pero aspereza de ninguna manera. Mas aquello de la avaricia en los viejos, yo no sé qué quiera decir; porque puede haber mayor simpleza que hacer mayores prevenciones para el viaje cuando resta menos camino que andar?

CAPÍTULO XIX.

Ó no es mal alguno la muerte, ó es un mal común á la juventud y á la vejez.

Mas pasemos á la cuarta y última causa, que parece tiene muy cuidadosa y acongojada á nuestra edad: esta es la cercanía de la muerte, que en verdad no puede andar muy lejos de la vejez. ¡Pero miserable de aquel viejo que en el tiempo de su larga vida no ha conocido que es despreciable la muerte! La cual ó absolutamente se ha de tener en nada si mata también al espíritu, ó se ha de apetecer si le conduce á alguna parte donde haya de ser eterno; porque no hay otro medio. ¿Pues qué nos queda que temer, si ó no hemos de ser infelices después de la muerte, ó hemos de ser colmados de felicidad? Aunque ¿quién hay tan insensato (aunque sea mozo) que esté seguro de que ha de vivir hasta la tarde? Antes los mozos están expuestos á más casualidades de morir que nosotros; caen en enfermedades con más facilidad; enferman más gravemente, y se curan con más dificultad; y así son pocos los que llegan á viejos; que si llegasen muchos, se viviría mejor y con más prudencia. Porque el entendimiento, la razón y consejo residen en los vie-

jos, que si no los hubiera, ni repúblicas hubiera tampoco. Mas volvamos á la muerte cercana. ¿Qué delito es éste en la vejez, que hallamos ser también común á la mocedad? Bien conocí yo en mi hijo amado, y en tus dos hermanos, Escipión, que se les estaba esperando para las mayores dignidades, que la muerte era común á todas las edades.

Pero el joven espera vivir mucho, y el viejo ya no puede esperarlo. Vanas y necias son sus esperanzas. Porque ¿qué mayor necedad que tener lo falso por verdadero, lo incierto por averiguado? Mas el viejo ni aun puede tener esperanza. Pero es de mejor condición que el mozo, porque lo que éste espera, ya el otro lo ha conseguido. El mozo quiere vivir mucho, y el viejo ya lo ha vivido. Aunque ¡oh buen Dios! ¿qué cosa se puede llamar larga en la vida del hombre? Imaginémosla lo más larga que sea posible: espere-mos vivir la edad del Rey de los Tartesios, pues (según hallo escrito) hubo uno llamado Argantonio en Cádiz, que reinó ochenta años, y vivió ciento veinte.

A mí nada me parece duradero que haya de tener algun fin; porque cuando éste llega, aquello que ha pasado se desvaneció ya, y sólo nos queda lo que con la virtud y buenas obras hayamos alcanzado. Se pasan las horas, los días, los meses y los años, y el tiempo pasado nunca vuelve, ni se sabe el que vendrá. Conténtese cada uno con aquel espacio de tiempo que se le concede para vivir. Porque no necesita el representante hacer toda la comedia para que se le dé su alabanza; basta que se porte bien en el acto que tiene que ejecutar: ni el varón sabio necesita llegar hasta la última jornada.

El tiempo de la vida, aunque corto, bastante largo es para vivir bien y honestamente; y si pasare más adelante, no lo debemos sentir más que sienten los

labradores la venida del verano y el otoño después de la primavera. Esta se compara con la juventud que manifiesta los venideros frutos, el demás tiempo es á propósito para segar y para cogerlos. El fruto de la vejez, como ya he dicho, es la copia y la memoria de los bienes que antes se han adquirido, y se ha de contar entre los bienes todo cuanto lleva de suyo la naturaleza. ¿Pues qué cosa más natural que el morir los viejos? Lo cual sucede también á los mozos contradiciéndolo y repugnándolo la naturaleza. Y así, me parece á mí que mueren éstos como cuando se ahoga un fuego con gran cantidad de agua; y los viejos como cuando él mismo, sin violencia, consumiéndose, se apaga. Y al modo que las manzanas en el árbol si están verdes se arrancan por fuerza, pero en estando maduras y sazonadas ellas mismas se caen; así á los mozos les quita la violencia la vida y á los viejos la misma edad madura. La cual á mí me es tan gustosa, que cuanto más cerca estoy de la muerte, tanto más presto me parece como que veo la tierra y que alguna vez he de llegar al puerto después de una larga navegación.

CAPÍTULO XX.

Por qué deben los viejos temer poco la muerte.

Todas las edades tienen sus límites ciertos y fijos, mas la vejez no los tiene, y se vive bien en ella mientras puede uno cumplir y mantener las obligaciones de su estado, y sobre todo despreciar la muerte. De donde nace que es la vejez más fuerte y animosa que

la mocedad. Esta fué la respuesta que dió Solón al tirano Pisistrato; el cual, como le preguntase en qué esperanza fiado le resistía con tanta animosidad, dicen que le respondió: «en la vejez.» Mas el mejor modo de acabar la vida es cuando, estando entero el entendimiento y los demás sentidos, deshace la naturaleza la obra que ella misma construyó. Porque así como deshace más fácilmente una nave ó un edificio el mismo que le levantó, del mismo modo deshace muy bien la naturaleza el edificio del hombre, que antes compuso y ordenó. Además, toda composición reciente cuesta mucho trabajo deshacerla: al contrario la que ya está consumida de los tiempos. De aquí es que los viejos ni han de desear con ansia aquel poco tiempo que les resta para vivir, ni le han de abandonar sin justo motivo: y Pitágoras enseña que ninguno sin orden del general, esto es, de Dios, se aparte de la guardia y puesto de la vida. Hay también un elogio del sabio Solón, en que dice que no quiere que falten en su muerte el sentimiento y lágrimas de sus amigos: quiere, á mi parecer, que le amen los suyos. Pero no sé si mejor Ennio:

Nadie en mi muerte me honre con su llanto,
Que andaré vivo en boca de los hombres:

juzga que no se debe llorar aquella muerte á que se sigue la inmortal fama.

Ya, pues, el sentimiento de morirse, si es que puede haber alguno, éste dura muy poco, particularmente á los viejos; y después de la muerte, ó se ha de desear el sentido, ó absolutamente no le hay. Pero debe de estar esto pensado desde la mocedad para que despreciemos la muerte, sin cuya meditación nadie puede gozar de sosiego y tranquilidad de ánimo. Porque sabemos que hemos de morir, y lo que no sabemos es si

será en este mismo día. Y así el que teme la muerte, que cada hora nos amenaza, ¿cómo podrá vivir quieto y tranquilo? Para hacernos superiores á este temor no son necesarios largos discursos, si traemos á la memoria, no solamente á L. Bruto, que fué muerto por la libertad de la patria; no á los dos Decios, que voluntariamente se ofrecieron á la muerte apretando la carrera de los caballos á meterse por medio de los enemigos; no á M. Atilio, que se partió á morir evidentemente por cumplir la palabra que dió al enemigo; no á los dos Escipiones, que hasta con sus mismos cuerpos quisieron hacer valla para cerrar el paso á los Cartagineses; no á tu abuelo L. Paulo, que pagó con su vida en la vergonzosa derrota de Canas la temeridad de su compañero; no á M. Marcelo, cuyo cadáver no pudo sufrir el enemigo tan cruel que quedase sin el honor de sepultura; sino á nuestras legiones, que con ánimo constante y esforzado (como escribí en los *Orígenes*) han entrado muchas veces en empresas de donde nunca pensaban volver. ¿Y temerán los viejos sabios lo que desprecian unos jóvenes no sólo ignorantes, sino aun rústicos? A mí me parece que la hartura de todas las cosas hace que se harte uno también de vivir. Tienen los niños sus inclinaciones propias: ¿por ventura las desean éstas los jóvenes? Tiene la mocedad también las suyas: ¿las pide acaso la edad varonil grave, que se llama media? y esta edad también las tiene, las cuales no apetece la vejez; y, finalmente, las hay en esta última edad; pues así como se acaban las de las otras edades, del mismo modo se acaban las de la vejez; y en llegando este tiempo, ya el cansancio de la vida trae consigo la ocasión oportuna de morir.

CAPÍTULO XXI.

Pruebas de la eternidad é inmortalidad del alma.

Mas no hallo motivo para no deciros lo que siento acerca de la muerte, que me parece lo veo mejor porque estoy más cerca de ella. Yo juzgo que ahora viven vuestros padres P. Escipión y C. Lelio, hombres muy esclarecidos y amigos míos, y la vida que merecé este nombre propiamente. Porque mientras estamos detenidos en estas como ligaduras del cuerpo, estamos como forzados, remando á la cadena, sujetos á las necesidades y otras cargas muy pesadas. Baja el alma celestial desde aquel elevado domicilio á ser oprimida y sumergida en la tierra, lugar contrario á la divina naturaleza y á la eternidad. Mas creo que los Dioses inmortales infundieron las almas en los cuerpos humanos, para que ellas mantuviesen la máquina del universo, y contemplando el orden de las cosas del cielo, le imitasen en la regla y constancia de su vida. Y no sólo para creerlo así me gobierno por razón y discurso, sino me inclina á ello la autoridad de algunos grandes filósofos.

Había oído que Pitágoras y todos los discípulos suyos, casi vecinos nuestros, que se llamaron antiguamente filósofos itálicos, jamás pusieron duda en que nuestras almas fuesen derivadas y desprendidas de la mente divina: también tenía presente el discurso que hizo Sócrates el último día de su vida sobre la inmortalidad de las almas; aquel á quien el oráculo de Apolo declaró por el más sabio de todos los hombres.

Más ¿para qué me canso? Yo estoy persuadido y soy de sentir que siendo tanta la viveza de nuestros ánimos, la memoria de lo pasado, la prudencia de lo venidero, tantas artes, tantas ciencias, tantas invenciones, no puede ser mortal una naturaleza que comprende estas cosas; y que siendo continuo el movimiento del ánimo, y no teniendo principio este movimiento, porque se mueve á sí mismo, tampoco ha de tener fin, porque nunca se ha de dejar á sí mismo. Y siendo la naturaleza del ánimo simple, sin estar mezclada con otra desigual y desemejante, así no puede ser dividida; y si es indivisible, tampoco puede acabar. Y, en fin, que es grande prueba de que los hombres saben muchas cosas antes de nacer, que desde la puericia, cuando aprenden las artes dificultosas, cogen con tanta prontitud tan innumerables cosas, que parece que no las oyen entonces la primera vez, sino que las traen á la memoria. Esta es casi toda doctrina de Platón.

CAPÍTULO XXII.

Discurso de Ciro poco antes de su muerte.

Xenofonte introduce á Ciro haciendo este discurso al tiempo de su muerte: «No penséis jamás, amados hijos míos, que en apartándome de vosotros no estaré en alguna parte, ó que me convertiré en nada; porque tampoco cuando estaba en vuestra compañía veíais mi alma, sino que conocíais estaba en este mi cuerpo por mis operaciones: creed que permanece la misma aun cuando no la veáis. Pues tampoco perma-

necerían los honores de los hombres ilustres, si nada hicieran sus almas, para que su memoria durara en nosotros por más tiempo.

»Yo jamás he podido persuadirme á que nuestros ánimos vivían mientras habitaban en este cuerpo mortal, y que morían en separándose de él: ni tampoco que era necio aquel ánimo que se apartase del cuerpo de un necio; sino que cuando estuviese libre de toda mezcla del cuerpo, y comenzase á estar puro y entero, entonces era verdaderamente sabio. Y también cuando se descompone la naturaleza del hombre por la muerte, se sabe claramente el paradero de todas las otras cosas, porque todas van al mismo lugar donde fué su origen: sólo el alma no se deja ver, ni cuando está en el cuerpo, ni cuando se aparta de él. Ya, pues, no hay cosa más semejante (como veis) á la muerte, que el sueño. Y declaran grandemente su divinidad los ánimos de los que duermen; porque ven cuando están tranquilos y libres mucho de lo venidero: por donde se entiende lo que serán cuando enteramente se hayan separado de las prisiones del cuerpo. Por lo cual, si esto es así, reverenciadme como á un Dios; pero si juntamente muere el alma con el cuerpo, vosotros, no obstante que respetáis á los Dioses que mantienen y gobiernan toda esta hermosa máquina del universo, conservaréis mi memoria piadosa é inviolablemente.» Esto dijo Ciro al morir. Examinemos también, si me dais licencia, lo que sentimos nosotros.

CAPÍTULO XXIII.

Pruebas acerca de la inmortalidad del alma: consuelos de la muerte.

Nadie me podrá nunca hacer creer, oh Escipión, que tu padre Paulo, ó tus dos abuelos Paulo y Escipión Africano, ó el padre de Africano, ó el tío y otros muchos varones excelentes, que no es necesario nombrar ahora, acometieran tan grandes empresas, que duran en la memoria de la posteridad, si no vieran con los ojos del alma que les había de alcanzar á ellos también esta gloriosa memoria. ¿Juzgas, por ventura (por alabarme un poco, como es propio de los viejos), que hubiera yo emprendido tantos trabajos de día y noche, en paz y en guerra, si hubiera de acabar mi gloria en los mismos términos que la vida? ¿No me hubiera sido mejor para esto vivir una vida quieta y sosegada sin empeño ni trabajo alguno? Pero no sé de qué modo, levantándose el ánimo, miraba siempre á la posteridad, como si hubiese de vivir cuando saliese de esta vida: por cierto que si no fuera verdad que las almas son inmortales, no se empeñara tanto por la gloria inmortal el ánimo de cualquiera hombre muy bueno. ¿Y qué diremos de que el hombre muy sabio muere con mucha resignación, y el necio de muy mala gana? ¿No os parece que el ánimo que ve más y con más penetración, ve que se parte á mejor estado, y que esto no lo ve el que tiene embotado el juicio? Muchísimo deseo tengo de ver á vuestros padres, á quienes traté y estimé mucho; y no solamente

tengo ardentísimos deseos de ver á los que he conocido, sino á aquellos también de quienes he oído hablar, ó yo mismo he leído y escrito. Al cual término, encaminándome yo, nadie me haría fácilmente volver atrás, ni me fundiría de nuevo, como á Pelias (1). Y si algún Dios me concediera volverme de esta edad á la de niño otra vez, y llorar en la cuna, lo resistiría mucho, pues no quiero desde el fin de la carrera volverme otra vez al principio.

Porque ¿qué conveniencias hay en la vida? antes muchos trabajos; y demos que las haya; también tienen su duración y término. No porque soy yo de los que lloran la vida, como han hecho muchos, y hombres sabios, ni tampoco me pesa de haber vivido, porque he vivido de modo que no me parece haber nacido en balde, y salgo de esta vida como de una posada, no como de una casa: porque no nos ha dado la naturaleza casa donde habitemos, sino posada donde paremos poco. ¡Oh dichoso y feliz día aquel en que me parta á aquella divina junta de los ánimos, y deje esta barahunda del mundo! Porque no solamente iré á ver á todos estos grandes hombres de quienes arriba he hecho mención, sino también á mi amado hijo Catón, el mejor y más piadoso que ha nacido hasta ahora; cuyo cuerpo quemé yo, debiendo ser al contrario, que él quemase el mío. Pero su ánimo, no dejándome, sino volviéndose á mirarme, se partió á aquel paraje donde conocía que yo había de ir también otro día. La cual desgracia ha parecido que la llevaba con grandeza y valentía de ánimo, no porque así fuese, sino porque me consolaba en pensar que

(1) Á quien, siendo ya muy viejo, restituyó Medea á la juventud, infundiéndole nueva sangre en las venas. Algunos cuentan esto de su hermano Eson.

no podía ya ser muy largo nuestro apartamiento.

Por estas cosas, Escipión y Lelio (que de esto me dijisteis que os admirabais), me parece tolerable la vejez, no sólo no molesta, sino aun gustosa. Y si yerro en pensar que las almas de los hombres son inmortales, yerro con toda mi voluntad; y no quiero que me saquen de este error mientras vivo, porque en él me gozo: y si después de muerto (como han creído algunos filósofos de poco nombre) no he de tener sentido, no temo que los filósofos muertos se rían de este error mío. Mas si no hemos de ser inmortales, es de desear al hombre morirse á su tiempo. Porque tiene la naturaleza, como en todas las cosas, su moderación y término en el vivir. La vejez es en la vida como la última jornada de la comedia; cuyo cansancio debemos huir, particularmente si se añade el estar hartos y satisfechos de vivir. Esto es lo que se me ha ofrecido hablar acerca de la vejez: ¡ojalá lleguéis vosotros á ella, para que podáis confirmar con la experiencia lo que me acabáis de oír!
